Peripecias de una amistad: Lorca y Miguel Hernández

Críticos de reconocida seriedad y prestigio han formulado opiniones que a mi juicio resultan insostenibles, y han especulado a veces, lejos de una rigurosa atención a los hechos documentados, dejando vagar románticamente la fantasía y aceptando a ciegas la difundida creencia de que dos grandes poetas no pudieron pasar el uno junto al otro sin sentirse iluminados por un rayo de luz y sin vislumbrar, aunque fuera confusamente, su extraordinaria talla artística y humana. Para citar sólo un par de ejemplos, entre muchos, quiero aludir a una muy respetable especialista en la obra de Lorca, que pretende atribuir precisamente a la amistad con el poeta granadino, tras el primer contacto en enero de 1933 (no 1932), la evolución tanto política como artística de Miguel Hernández:

L'evolution rapide de Miguel Hernández a partir de 1932 est préparée par ce premier contact. Elle répond doublement aux perspectives entrevues par l'amitié de Lorca, sur le plan poétique et sur le plan politique. [1]

Hay otro crítico que, sin reparar en errores de cierto volumen, como igualar en edad a Federico y a Miguel, pasa a crear un paralelismo que resulta muy discutible:

Ambos son poetas, tienen aproximadamente la misma edad, desaparecieron con escasa diferencia, su poesía, aunque por distintos caminos encauzada, ha sabido sobrevivir... el cabrero y el señorito caminarán uncidos por la amistad, la admiración recíproca, y terminarán hermanados por el polvo de donde partieron. [2]

Antonina Rodrigo habla de «la gran amistad» y «la hermosa amistad». María de Gracia Ifach afirma que «desde aquel momento serán auténticos amigos». Estos juicios, escogidos como expresión de un estado de opinión bastante generalizado, no resisten una seria comprobación crítica. Lo que yo intento es completar el soporte documental de esta relación amistosa de reconocido interés biográfico, literario y político, poniéndola en su debida perspectiva.

En la prehistoria del encuentro entre los dos poetas hay un par de datos significativos que no conviene olvidar. Ya antes de su primera llegada a Madrid, hacia el 8 de diciembre de 1931, Miguel escribe una carta a Juan Ramón Jiménez preguntándole si el exquisito poeta de Moguer podrá recibirlo en su casa y leer alguno de sus poemas [3]. Ansioso de abrirse camino en la jungla literaria madrileña se ve que uno de sus secretos deseos es conocer a

[1] *Marie Laffranque en su crítica a J. Cano Ballesta.* La poesía de Miguel Hernández *(Madrid: Ed. Gredos, 1962) en* Bulletin Hispanique *LXVII (1965), núms. 1-2, p. 179.*

[2] *José María Moreiro, «Miguel Hernández».* Los Domingos de ABC, *Madrid, 23 julio 1972, p. 21. María de Gracia Ifach,* Miquel Hernández, rayo que no cesa *(Esplugas de Llobregat: Plaza y Janés, 1975) p. 95. Antonina Rodrigo, «Tres cartas inéditas de Miguel Hernández a García Lorca»,* Gaceta Ilustrada, *Madrid, núm. 1033, 25 julio 1976, p. 03.*

[3] Poesía Española, *Madrid, núm. 96, diciembre 1960, p. 19.*

Lorca, cuyo nombre deja caer ya en la conversación que publica E. Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria:*

—¿Oficio?
—Guardador de cabras.
—¿Cómo se aficionó a leer y a escribir?
—Pues ya ve, cogiendo los papeles que encontraba, yéndome a la biblioteca del pueblo.
—¿Sus autores preferidos?
—Góngora, Lorca y Gabriel Miró.
—¿Amigos literarios?
—Casi ninguno. Sijé, que usted conoce en Orihuela [1].

Esta alusión resulta curiosa y muestra, sin duda, una sincera admiración por el poeta granadino, pero al mismo tiempo revela la íntima aspiración a establecer un valioso contacto en medio de su orfandad de «amigos literarios». El poeta cabrero desde su llegada a la capital ha estado esperando con ansia la oportunidad de un encuentro con Federico. Sin embargo, el 17 de marzo de 1932, después de más de tres meses de estancia en Madrid, escribe a Ramón Sijé de manera escueta y sin disimular su desencanto: «No he podido oír a García Lorca» [5]. De hecho se tendrá que volver a Orihuela decepcionado y fracasado de su aventura madrileña sin poder satisfacer ésta que era una de sus más secretas aspiraciones.

El encuentro de los dos poetas va a tener lugar en enero de 1933. Raimundo de los Reyes está preparando la publicación de *Perito en lunas* en la colección de poesía *Sudeste,* que él dirige para Editorial La Verdad de Murcia, y él mismo nos ha dejado testimonio del encuentro en su casa entre Federico y Miguel. El fue quien los reunió actuando de anfitrión y presentador. Federico visitaba Murcia con su tropa estudiantil de La Barraca en una serie de actuaciones teatrales que seguían la ruta de Alicante, Elche y Murcia, representando el auto *La vida es sueño,* de Calderón [6]. El propio Raimundo de los Reyes, siempre según J. Guerrero Zamora, fue quien mostró a Federico las pruebas de *Perito en lunas* provocando generosos elogios de parte del poeta granadino.

Entonces, Miguel —prosigue Guerrero— abriendo exageradamente los brazos, gritó:
—¡Con que soy el primer poeta de España!
A lo que Federico, sonriente, pero nervioso, pues así le ponía el mero hecho de que alguien osara creerse en un puesto que él estaba firmemente convencido de ocupar, respondió:
—No tanto, no tanto... [7]

El contacto estaba indicado y Miguel, que abrigaba grandes esperanzas sobre esta amistad y había escrito a Lorca enviándole *Perito en lunas* en espera de que él y sus amigos dieran a conocer la aparición del libro o de que al menos Lorca le enviara unas letras de aliento, el 10 de abril de 1933 aún no ha tenido respuesta de éste y le escribe una carta desilusionada [8] ante su silencio:

[1] *Ernesto Giménez Caballero, «Un nuevo poeta pastor»,* La Gaceta Literaria, *Madrid, núm. 121, 15 enero 1932, p. 10.*

[5] *Publico esta carta en J. Cano Ballesta,* La poesía de Miguel Hernández *(Madrid: Ed. Gredos, 1978) p. 22.*

[6] *Luis Saenz de la Calzada,* La Barraca. Federico García Lorca y su teatro universitario *(Madrid: Revista de Occidente, 1976) en unas notas que publica recogiendo los recuerdos de María del Carmen García Lasgoity, p. 164, dice: «VII Actuación. Diciembre 1932 enero 1933. Itinerario: Alicante, Elche y Murcia. Sólo se llevó* La vida es sueño*».*

[7] *Juan Guerrero Zamora,* Miguel Hernández, poeta *(Madrid: Colección El Grifón, 1955) p. 59.*

[8] *Esta carta la publica A. Rodrigo, «Tres cartas inéditas...» p. 60, aunque la fecha erróneamente en 1932, cuando tuvo que ser de 1933 después del encuentro personal entre los dos poetas, al cual se alude repetidas veces. Algunos errores de monta, la supresión de línea y media y la lectura deficiente de algunos pasajes los corrijo en esa versión que sigue fielmente la fotocopia del manuscrito original.*

Sr. D. Federico G. Lorca.

Admirado Poeta amigo.

Le escribí hace mucho pidiéndole elogios, aunque ya se los había oído para mi «Perito en lunas». Y aquí me tiene usted esperándolos entre otras cosas.

He pensado, ante su silencio, que usted me tomó el pelo a lo andaluz en Murcia, —¿recuerdaaa?—, que para usted fuimos, o fui, lo que recuerdo que nos dijo cuando le preguntamos quién era uno que le saludó. «Ese —dijo— uno de los de: ¡adios!, cuando les vemos». Y luego «me escriben muchas cartas a las que yo no contesto». ¿Puedo estar ofendido contigo?

Perdone. Pero se ha quedado todo: prensa, poetas, amigos, tan silenciosos ante mi libro, tan alabado —no mentirosamente, como dijo— por usted la tarde aquella murciana, que he maldecido las putas horas y males en que di a leer un verso a nadie.

Usted sabe que en este libro mío hay cosas que se superan difícilmente y que es un libro de formas resucitadas, renovadas, que es un primer libro y encierra en sus entrañas más personalidad, más valentía, más cojones —a pesar de su aire falso de Góngora— que todos los de casi todos los poetas consagrados, a los que si se les quitara la firma se les confundiría la voz.

Por otra parte, aquí, en mi pueblo —¡pueblo mío!—, donde el que me gritaba: Yo he comprado el libro creyéndolo bueno y me has dado arpillería, yo he leído a Campoamor... —¡ea!—, decía yo: Ved los periódicos de Madrid pronto, he quedado en ridículo, porque de toda la prensa madrileña, sólo «Informaciones» se desvirgó hablando de mis poemas por el pico de Alfredo Marquerie, diciendo cuatro burradas. El tío, antes de decir: ¡Qué burro soy!, dijo ¡Se ha estraviado el poeta, se ha oscurecido!

Por otra parte, en mi casa soy el cristo de los cinco sampedros: me niegan, padre y madre y sus hijos, como hijo de aquellos, como hermano, de estos; les avergüenza el que haga versos; no quieren darme vestidos nuevos, y hasta a los pantalones viejos que tengo proclamadores, de nalgas mías. Hoy mismo, hoy, me han escondido la llave del huerto para que no pudiera entrar en él. Y yo he saltado a la torera la tapia, no la valla, y aquí, en este chiquero de abril, aquí, donde ha tenido el suyo «Perito en lunas» este estío, bajo esta higuera, que dilataban hasta sus pámpanos mi carne de acordeón semejante a una palmera degollada, aquí le escribo esto desesperado, desesperado.

Me alegran las noticias que leo —de prestado— de los triunfos que se suceden, que [ilegible]. ¡Me alegran! y le envidio.

El otro día he visto en «El Sol» la crítica de un libro de romances. El crítico dice que al pronto resuena la voz suya, pero que sólo a primera vista. Yo, nada más por el ejemplo que pone allí de romance, adivino en ese Féliz no sé qué un plagiador casi.

Federico: no quiero que me compadezca; quiero que me comprenda.

Aquí, en mi huerto, en un chiquero, aguardo respuesta feliz suya, y pronto, o respuesta simplemente; aquí, pegado como un cartel a esta tapia, detrás, detrás de la cual viven padres pobres, con tantos hijos y tan poca casa, que, para que los niños no vean los orígenes de su fabricación, el comienzo de sus hermanos, se salen al callejón a reanudarse las noches más empinadas.

Un abrazo

MIGUEL HERNANDEZ G.

Orihuela, 10 abril 1933.
Dirección: Arriba, 73.

El tratamiento es franco pero respetuoso («usted»). Dentro del desencanto no puede reprimir la sospecha de que la mitad entre ambos no ha sido tomada en serio, de que aquellas alabanzas fueron una tomadura de pelo y de que aquel encuentro no había significado gran cosa para el poeta granadino cuando tantas ilusiones había despertado en Miguel. Continúan las quejas por el silencio que ha rodeado la aparición de su libro («prensa, poetas, amigos, tan silenciosos ante mi libro») seguidas de una afirmación de su valer, en que el poeta herido en su orgullo no duda en ponerse por encima de «casi todos los poetas consagrados» en palabras que provocan las amistosas reconvenciones de Lorca. Miguel le cuenta cómo ha tenido que sufrir los comentarios de gentes ignorantes que se sentían engañados al ad-

quirir *Perito en lunas* para compararlo con Campoamor, y de críticos establecidos como Alfredo Marquerie que proclama desde el periódico madrileño *Informaciones*: «¡Se ha estraviado el poeta, se ha oscurecido!». Le describe el ambiente familiar de incomprensión, de vergüenza de tener un poeta en la familia y de vejaciones («me niegan la mitad del pan», «no quieren darme vestidos nuevos», «no les quieren poner remiendos», «me han escondido la llave del huerto») que levantan la sospecha de ser líricas exageraciones del poeta. Allí le niegan noticias de los triunfos de Lorca y dice que le alegran. Miguel cierra la carta sin pedirle expresamente lo que sin duda era su secreta esperanza: ayuda para conseguir un empleo, pero le confiesa con franqueza: «Federico: no quiero que me compadezca; quiero que me comprenda». Y esto es lo que sin duda provoca la respuesta casi inmediata de Lorca.

El poeta granadino, conmovido por esta carta y deseoso de darle ánimo en su acorralamiento y amargura, le escribe para mostrarle que, a pesar del largo silencio, no le ha olvidado. «Pero vivo mucho»: su intensa vida teatral, poética y social, le alejan de «la pluma de las cartas». Lorca se hace eco de la atmósfera de incomprensión e incultura que rodea al cabrero-poeta de Orihuela y trata de moverlo a sacar de ella una lección de vida. Le consuela del silencio en torno a *Perito en lunas*, recordándole que este es el destino de «todos los primeros libros» y que el mismo Lorca también ha sentido este desaliento. Le reconviene amistosa, pero enérgicamente, por sus pretensiones de igualarse a «casi todos los poetas consagrados». «No seas vanidoso de tu obra» le dice, y le incita a seguir luchando. Pero al mismo tiempo le muestra su simpatía y comprensión, citando incluso sus propias palabras: «no tiene más cojones como tú dices que los de casi todos los poetas consagrados». Lorca le asegura «la atención y el estudio y el amor de los buenos» porque lo merece su garra de poeta. Hay un párrafo enigmático que ha provocado probablemente el punto de vista de Marie Laffranque, y que yo veo como una exhortación a sustituir el solipsismo mórbido de poeta incomprendido por actitudes más abiertas, amplias y progresistas («otra obsesión más generosa política y poética»). El neocatolicismo provinciano de Ramón Sijé y el neogongorismo poético en que Miguel se debatía en aquel momento, por logrados que fueran, no podían abrirle los horizontes airados a que aspiraba, ni alcanzarle el reconocimiento y la celebridad ansiada. Lorca sabe insinuar, de modo vago y hermético pero perceptible, hacia dónde debería orientarse para logar superar su asfixiante situación presente, que lo era no sólo debido a la incomprensión familiar, a la atmósfera provinciana y a una actitud injusta del mundo o mundillo literario, como Miguel insinúa, sino también debido a causas de más envergadura que éste todavía no vislumbra. He aquí íntegro el texto de la carta que es de capital importancia:

Mi querido poeta: No te he olvidado. Pero vivo mucho y la pluma de las cartas se me va de las manos. Me acuerdo mucho de tí porque sé que sufres con esas gentes puercas que te rodean y me apeno de ver tu fuerza vital y luminosa encerrada en el corral y dándose topetazos por las paredes.

Pero así aprendes. Así aprendes a superarte, en ese terrible aprendizaje que te está dando la vida. Tu libro está en el silencio, como todos los primeros libros, como mi primer libro que tanto encanto y tanta fuerza tenía. Escribe, lee, estudia. ¡LUCHA! No seas vanidoso de tu obra. Tu libro es fuerte, tiene muchas cosas de interés y revela a los buenos ojos *pasión de hombre*, pero no tiene más cojones como tú dices que los de casi todos los poetas consagrados. Cálmate. Hoy se hace en España la más hermosa poesía de Europa. Pero por otra parte la gente es injusta. No se merece *Perito en lunas* ese silencio estúpido, no. Merece la atención y el estímulo y el amor de los buenos. Eso lo tienes y lo tendrás porque tienes la sangre de poeta y hasta cuando en tu carta protestas tienes en medio de cosas brutales (que me gustan) la ternura de tu luminoso y atormentado corazón.

Yo quisiera que pudieras superarte de la obsesión de esa obsesión de poeta incomprendido por otra obsesión más generosa política y poética. Escríbeme. Yo quiero hablar con algunos amigos a ver si se ocupan de *Perito en lunas*.

Los libros de versos, querido Miguel, caminan muy lentamente.

Yo te comprendo perfectamente y te mando un abrazo mío fraternal lleno de cariño y de camaradería.
Federico (Escríbeme) T/C 7/C Alcalá 102 [9]

Christopher Maurer data esta carta entre el 20 de enero de 1933 (publicación de *Perito en lunas)* y el 5 de junio del mismo año (en que aparece la reseña de *El Sol)* coincidiendo en términos generales con Marie Laffranque, que la sitúa en «la première moitié de 1933» [10] Yo he encontrado datos que me permiten fijar como fecha precisa y casi exacta los últimos días de abril de 1933, ya que, por una parte, es posterior a la carta de Miguel del 10 de abril (dato que no tiene en cuenta Maurer ni Laffranque) y por otra es anterior a la que incluyo a continuación del poeta de Orihuela, de fines de mayo, que es una clara respuesta a esta de Lorca. En ella Miguel se excusa de lo mucho que ha tardado en contestar: «Dispensa, Lorca, amigo, calorré de nacimiento, el que haya dejado, ¡tanta!, anchura de tiempo entre tu carta y ésta». Esto nos obliga a situar la misiva del granadino con la mayor anterioridad posible a la que sigue de Miguel, que es de fines de mayo. Datarla a finales de abril de 1933 justifica plenamente las excusas del poeta de Orihuela, por una parte, y da tiempo más que suficiente para que pueda ser respuesta a una carta del 10 de abril.

A las letras de Lorca, amistosas, alentadoras e incluso cordiales, responde Miguel a fines de mayo, como su texto sugiere con la siguiente:

Dispensa, Lorca, amigo, calorré de nacimiento, el que haya dejado, ¡tanta!, anchura de tiempo entre tu carta y ésta.

El dinero me ha faltado, el trabajo ocupado, abril, mayo, fútbol y mujer, agotado, distraído.

Hoy que tengo dineros —treinta—, no trabajo. Se me acaba mayo, — descanso del balón que tantos versos me rompe, y he dejado en tres o cuatro vientres inútiles otros tantos hijos que tenía reunidos, acudo a la invitación cordial que me hiciste a capote blanco de: «Escríbeme».

Tanto aprendí aquí, que creo que hasta estoy aprendiendo a dejar de ser poeta.

No puedo leer por no tener libros, escribir por no leer, estudiar por no leer también, luchar porque mi enemigo es mi arma: mi poesía.

¿Que no sea vanidoso de mi obra? No es vanidad, amigo Federico Lorca: es orgullo malherido.

Gracias por tu deseo de que mi obsesión de poeta incomprendido sea separada de mí. Aún no venía tu carta por el camino cuando ya me había divorciado de ella. Soy, sin ser nada, comunista y fascista.

¿Hablas con tus amigos para que se ocupen de mi libro?

Mándame los libros y revistas que puedas.

Si me lo pides te mandaré algún poema para alguna.

Pienso enviar mi libro próximo —a medias ya— al Concurso Nacional.

Creo que vendrá en «El Sol» un día de estos mi «Elegía de la novia-lunada», el crimen pasional de todos los días de España aún, que recité en el Ateneo de Alicante y me pidió Juan Guerrero para Juan Ramón y, si era posible, para el periódico de Domenchina, o el esdrújulo.

Hasta la tuya, que no venga roncera, te abraza saludándote, él, yo.

Miguel H. Giner

Su lectura nos causa cierta extrañeza. No esperábamos tal reacción a las vigorosas pero cálidas palabras de Lorca. Las expectaciones puestas por Miguel en esta amistad habían sido tal vez demasiado altas. Por ello la misiva de Lorca no le trajo sino decepción. Lo cierto es que se toma casi cinco semanas para responder al poeta granadino que lo ha invitado amablemente a escribirle, y contesta sin el entusiasmo y los párrafos encendidos y chispeantes de otras ocasiones. Esto podría no ser del todo cierto si faltara la primera página, ya que

[9] *Fue hallada por Concha Zardoya en el archivo privado de Josefina Manresa y publicada en* Bulletin Hispanique, *Bordeaux, tome LX, Juillet-Septembre 1958.*

[10] *Federico García Lorca,* Epistolario *II (Madrid: Alianza Editorial, 1983) p. 157.*

no aparece el nombre del destinatario ni el encabezamiento, común en otras cartas de Miguel. En breves sentencias y en un tono escéptico y desencantado va respondiendo a las varias reflexiones de Federico. Parece ser que el joven poeta pasa por un momento de grave desaliento; la amistad no queda con ello reforzada. Está aprendiendo a «dejar de ser poeta», no puede leer, ni escribir, ni estudiar, ni luchar. Lo suyo no es vanidad, sino «orgullo malherido»; ya se ha divorciado de su «obsesión de poeta incomprendido» y ahora es «sin ser nada, comunista y fascista». Resulta muy difícil adivinar lo que se oculta tras esta fórmula paradójica y ambigua, tal vez surgida de una de sus conversaciones con Ramón Sijé. Le pide que haga que sus amigos se ocupen de *Perito en lunas*, que le envíe libros, revistas; le ofrece mandarle alguna poesía para publicación y le anuncia que piensa presentar su libro próximo al Concurso Nacional y que cualquier día saldrá su «Elegía de la novia-lunada» en *El Sol* (cosa que no ocurrió). El tono general de poca fe en la continuación de su relación epistolar se confirma en la última línea, en que el poeta de Orihuela se teme una respuesta tarda o a desgana: «Hasta la tuya, que no venga roncera».

Desde mayo de 1933 media un larguísimo intervalo hasta la siguiente carta, también de Miguel Hernández a Lorca, que A. Sánchez Vidal fecha en diciembre de 1934:

Querido Federico amigo:

Ya estoy en mi huerto escribiéndote con una paz de aceite derramado. Quiero que me digas lo más enseguida que puedas cómo va *mi asunto*. Interésate con toda tu buena voluntad por él, por mí. Ya sabes que espero lo que resulte con un ansia de perro hambrón. Les he dicho a mis padres que no pasen penas por nada del mundo: que pronto estará resuelto el problema trágico de nuestra existencia. Apenas he llegado y ya ha dicho mi madre que se ha muerto la mejor cabra de nuestro ganado: el perfil de cabra mejor recortado.

Nos ha hecho las Pascuas: que se ha caído una gallina, la más overa, al pozo, *agua quieta en un punto;* que todo son penas...

Si sacas alguna copia de «El torero más valiente» fíjate bien en que se ha de poner *Birlador* donde decía Bergamín, y Carmela donde *Gabriela.*

Escríbeme; no te distraigas, por lo que más quieras, amigo mío. Recibirás mañana creo «El Gallo Crisis».

Recibe ahora un abrazo afectivo de mí, tu admirador.

Miguel Hernández

No precisas dirección, pero manda a Arriba 73 Orihuela (Alicante) [11]

Miguel, rompiendo con un largo silencio —a pesar de que debió haber algunos contactos a través de amigos— escribe desde su retiro de Orihuela sobre un tema central: la representación de *El torero más valiente,* que ve como la solución a todos sus problemas económicos y familiares. No deja de hacerse ilusiones y de creer en el milagro de la representación escénica de su obra como refleja en carta a Josefina del 6 de diciembre de 1934, en que escribe desde Madrid: «Si consigo que me estrenen la obra, te traeré aquí —si tu madre te deja— con una hermana mía (Elvira) para que conozcas esto» [12]. En ello ha puesto todos sus sueños y ansiedades: «ya sabes que espero lo que resulte con ansia de perro hambrón». Entretejidas aparecen, como indica Sánchez Vidal, algunas alusiones literarias: «una paz de aceite derramado» de «El silbo de afirmación en la aldea», que fue escrito a sugerencia de Luis Rosales, y el «agua quieta en un punto», sin duda citando de memoria el «agua fija en un

[11] *Esta carta, puesta generosamente a mi disposición por Agustín Sánchez Vidal, está a punto de aparecer como «epistolario inédito», que junto con otras obras dará a conocer el citado autor en Alianza Editorial. Resulta valiosísima para precisar la naturaleza de la relación entre los dos poetas.*

[12] *Francisco Martínez Marín.* Yo, Miguel. Biografía y testimonios del poeta Miguel Hernández. *I parte (Alicante: Colección Orospeda, 1972) p. 144.*

punto» (como dice el texto lorquiano) del poema «Niña ahogada en el pozo» de *Poeta en Nueva York*. Sánchez Vidal comenta sobre otras alusiones:

En cuanto a Bergamín/Birlador y Carmela/Gabriela se debe a que Bergamín es uno de los personajes de *El torero más valiente*, y a él estaba dedicado la obra. Miguel pretendía publicarla en *Cruz y Raya* (como el auto) y que Lorca intercediera con M. Xirgú y C. Rivas Cherif para que se la estrenasen y solucionar su problema económico. Gabriela es otro personaje. *El Gallo Crisis* al que se alude ha de ser el de San Juan de Otoño de 1934, núms. 3 y 4, precisamente el que lleva las únicas escenas publicadas de *El torero más valiente* (Carta a J. Cano Ballesta, julio 1985).

Miguel sigue escribiendo misivas al poeta granadino sin conseguir respuesta. La última que nos ha llegado va fechada el 1 de febrero de 1935 y marca un alto grado de desaliento. Da la impresión de que esta amistad está a punto de naufragar ante la vida ajetreada o la indiferencia del director del grupo teatral La Barraca y de los numerosos compromisos y encuentros en cuyo vendabal se veía envuelto Federico, que no hallaba tiempo para otros quehaceres. Tras un mes y medio de espera, Lorca aún no le ha informado sobre la representación de *El torero más valiente*. En estas largas semanas Miguel casi se ha reconciliado amargamente con su situación; de ahí el tono de súplica. Le recuerda la promesa de aquel y sus ilusiones de hallar cualquier trabajo mediante algún amigo suyo «político influyente». No obstante le reprocha suavemente lo escaso de sus esfuerzos: «moléstate un poco más por mí». Pero es tal su desaliento que de modo tajante y brusco le anuncia: «No te escribo más: esta es mi última carta; en ella me lo juego todo». Su desencanto ante la tan deseada amistad y ayuda de Lorca ha alcanzado unos niveles insospechados. Miguel se sigue interesando por la obra del granadino, le envía unos versos del libro que prepara, sin duda *El rayo que no cesa*, y le dice: «gracias por todo, Federico», expresión que no deja de ser equívoca. Al fin, cierra la carta con una frase que pudiera ser la fórmula exacta de esta relación: «Si para tí no significa nada mi amistad, para mí mucho la tuya». He aquí el texto íntegro:

Amigo Federico:

Aún estoy esperando tu carta, aún no se me agotó la vena de la esperanza: todos los días bajo de la sierra en busca de ella que no llega. Te escribo en una situación penosísima: parado, ni pastor siquiera, con novia que no se conforma viéndome así, madre, padre, hermanas que tampoco, por nuestra pobreza, yo menos. Y no encuentro trabajo, y cada bocado que como es vigilado con el rabillo del ojo por todos, que me quieren a regañadientes. No sé, pero si sigo así un mes más me iré Dios sabe adónde en busca de un ganado y un mendrugo. Quiero que me digas. Federico amigo, algo, ¿no se estrenará *El torero más valiente?* Bueno, hombre. Será que no vale la pena, hice una tragedia para aliviar la mía. Dime, en cambio, que has visto algún amigo tuyo político influyente como me ofreciste, que has hallado algún rincón a mi medida. Moléstate un poco más por mí, hazme el favor. No te escribo más; esta es mi última carta; en ella me lo juego todo. No me queda más dinero para sellos. Escribí a Neruda, que me escribió, y espero carta suya. No sé si es que no ha recibido la mía última, porque se la entregué a Cruz y Raya. Pregúntaselo.

Sé que piensas ocuparte de la soltera eterna, eterna virgo española: ¡cuántas trato y veo por aquí y qué trágicas! Una de ellas me ha dicho hace poco que no se casó en sus tiempos porque cuando se le arrimaba un hombre lo abofeteaba y lo insultaba. Quisiera tener, Federico, un miembro de orinar para cada una de estas mujeres que se malogran como velas dentro de las rejas y los templos con los ojos y la boca amargos de deseos. Es un tema digno de tu misericordia de poeta inmenso.

Espero tu carta, Federico. ¿No lo has hecho por tu «Yerma»? Bueno. Hazlo ya. Si para tí no significa nada mi amistad, para mí mucho la tuya.

Te abraza,

MIGUEL, tu amigo

Orihuela, 1 de febrero de 1935.

¿Quieres leer estos versos? Son del libro que preparo para dentro de poco. Gracias por todo, Federi-

Intentando descubrir una motivación decisiva para explicar la tibieza de esta relación, F. Martínez Marín sugiere que fue Lorca quien, al ofrecer su tragedia *Yerma*, paralizó los planes de representación del auto de Miguel en diciembre de 1934[13]. La hipótesis carece de toda base. Miguel, que con tanta insistencia rogaba a Lorca que se ocupara de llevar sus obras a la escena, no podía esperar de él que las antepusiera a las propias. Por otra parte, según carta del 14 de diciembre de 1934 que cita el mismo biógrafo[14], era el Teatro Eslava el que había dado esperanzas al incipiente dramaturgo, mientras que *Yerma* se estrenó en el Teatro Español el 29 de diciembre de 1934. Además no fue el auto, como este crítico cree erróneamente, el que pudo entrar en conflicto con *Yerma*, sino el drama *El torero más valiente*, de que habla Miguel en sus cartas de estos meses.

Para el de Orihuela había sido el granadino un extraordinario poeta al que desde un principio admiró junto con otros reconocidos maestros como Gabriel Miró y Juan Ramón Jiménez. Fue un modelo de quien recibió, si no enseñanzas precisas (o tal vez también) sí una inolvidable lección de personalidad y originalidad. Ya muerto Federico y en plena guerra civil, cuando el II Congreso Internacional de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura discute en Madrid la validez del romance para la expresión revolucionaria del pueblo, Miguel Hernández entra en la controversia con la observación:

> Pero pienso que lo importante es la técnica personal del poeta. Lorca renovó, retocó, pulió el viejo romance de Góngora y el del Romancero. Le impuso un sello único[15].

Viento del pueblo se compuso pues bajo la irradiación genérica pero eficaz de los ejemplares romances de Lorca.

El impacto de Lorca en la evolución política de Miguel no fue tan hondo como pretende Marie Laffranque. El poeta pastor oscilaba, desde su llegada a Madrid, entre el catolicismo conservador de los amigos de Orihuela, sobre todo de Sijé, y el comunismo de Alberti y Neruda, que suscitaba grandes recelos a los primeros. Frente a estas dos tendencias extremas el influjo de Lorca tal vez hubiera facilitado una tercera posibilidad de progresismo moderado (próximo a Fernando de los Ríos) que no llegó a prosperar. La amistad con Federico fue de hecho inoperante en el aspecto político. Fueron más bien los ambientes próximos a Rafael Alberti los que le prestaron el impulso inicial hacia la maduración de sus ideas políticas y hacia sus simpatías comunistas. María Teresa León recuerda que el primer encuentro de Miguel con ellos «no pareció alegrarle mucho». Todavía muy ligado a la actitud tímida y conservadora de su adolescencia oriolana, veía con cierta desconfianza al grupo de la revista *Octubre*, de orientación manifiestamente revolucionaria[16].

Las memorias y homenajes que el oriolano dedica a Federico tras la noticia de su asesinato en Granada muestran una admiración y respeto excepcional y revelan cómo el poeta vilmente asesinado se ha convertido en símbolo denunciador de la barbarie fascista y en móvil inexcusable de la guerra:

> La desaparición de Federico García Lorca —dice Miguel— es la pérdida más grande que sufre el pueblo de España. El solo era una nación de poesía. Es su sombra... la que me empuja irresistiblemente contra sus asesinos en un violento deseo de venganza[17].

[13] *F. Martínez Marín*, Yo, Miguel... *dice: «La Xirgú y Tomás Borrás siguen acariciando la idea de la puesta en escena del auto sacro, pero llega García Lorca y «Yerma», y lo trágico «le va» a esta Compañía, cuyo director prefiere lo seguro del nombre de Lorca y su fama, a la aventura de un novel y un auto sacro de difícil puesta en escena» (p. 149).*

[14] *F. Martínez Marín*, Yo, Miguel... *p. 145.*

[15] *Angel Augier*, Nicolás Guillén. Notas para un estudio biográfico-crítico, *tomo II, (1938-1947), Universidad Central de las Villas, Cuba, 1964, p. 81.*

[16] *María Teresa León*, *«El cuidado de los recuerdos»*, El Nacional, *Caracas, 7 julio 1968.*

En la elegía de *Viento del pueblo* que le dedica («A Federico García Lorca, poeta»), dirigida al hombre público y al carismático escritor, lo llora y recuerda como «volcán de arrope», «trueno de panales», pero canta sobre todo la conmoción de la creación entera ante la muerte de un poeta. A pesar del hondo dolor («rodea mi garganta tu agonía») no se vislumbra la angustia personal y el rebelde y exacerbado apasionamiento que a todo lector conmueve en las dos elegías a Ramón Sijé.

Algunos contemporáneos describen al cabrero-poeta como «brusco». Su inseguridd y nerviosismo ante el refinado granadino lo podría llevar a intervenciones desmesuradas o poco agraciadas como en su primer encuentro con Lorca. A éste le disgustaba la aureola de gitanismo que le querían colgar tras el triunfo del *Romancero gitano*, y no le pudo agradar el que Miguel lo llamara «cabrré de nacimiento» cuando precisamente intentaba ganarse su favor. La viuda de Miguel Hernández me contó el verano de 1985 algo que yo había escuchado varias veces. Que en cierta ocasión Vicente Aleixandre invitó a Lorca a que viniera a su casa y leyera alguna de sus obras. Al decirlo que también estaría Miguel, Lorca respondió: «¡Ah! si está ese yo no voy». La autenticidad de esta anécdota no se puede comprobar, pero el que Lorca no gustara de la compañía de gente demasiado elemental, rústica y provinciana, lo confirma Luis Buñuel en sus memorias cuando escribe:

> Con frecuencia, y no sin razón, consideraba que yo era demasiado elemental, demasiado rústico, para apreciar la sutileza de la literatura dramática. Un día en que iba a casa de no sé que aristócrata, incluso se negó a que yo le acompañara [18].

Pero creo que el termómetro más fiel para medir el calor de esta amistad se halla en el epistolario. De las cinco cartas que he comentado y que constituyen la correspondencia entre ambos, conviene notar que cuatro son de Miguel a Federico, y sólo una de éste al poeta de Orihuela, lo cual es ya de por sí muy elocuente. Federico en sus cartas a terceros jamás alude al poeta oriolano. En cuanto a Miguel, he analizado cuidadosamente las nueve cartas completas que conocemos de él escritas de enero a julio de 1936, los últimos meses en que la comunicación normal entre ambos fue posible. En ellas se percibe una afectuosa relación con Carlos Fenoll, el amigo de Orihuela, al que le unen lazos de cálida amistad. A él dirige tres de estas misivas. La relación es también muy íntima con los padres de Ramón Sijé (dos cartas) y Juan Guerrero (dos cartas). La persona más nombrada (6 veces) en todo este epistolario y a la que dedica más espacio después de Sijé es Aleixandre. Cuenta a Fenoll que visita a Vicente una vez por semana, que mantiene con él largas conversaciones, que él fue el primero en darle la noticia de la muerte de Ramón Sijé y narra la juerga literaria celebrada para despedir al poeta enfermo, a la que asisten, entre otros, Neruda, Altolaguirre y Concha Méndez. La amistad entre ambos es entrañable. El epistolario muestra también intensos lazos de afecto hacia Jesús Poveda (5 menciones) y Justino Marín, el hermano de Sijé (5 menciones). Hay recuerdos y palabras calurosas para Juan Ramón Jiménez, a quien acaba de visitar y califica de «muy generoso», para Pablo Neruda, a quien alude 4 veces, para José Bergamín (4 veces) y Manolo Altolaguirre (4 veces), quien sin exigir pagos previos de ninguna clase le publica *El rayo que no cesa*. Pero resulta verdaderamente sorprendente que en ninguna de estas cartas, que casi todas giran en torno al mundillo literario, se mencione ni una sola vez a García Lorca. Cuando Miguel Hernández, tras la muerte de Sijé, está solicitando el apoyo de sus mejores amigos para rendir a éste un póstumo homenaje publicando su obra, y cuando éstos se movilizan y tratan de prestarle su ayuda desinteresada, no deja

[17] *Palabras pronunciadas por Miguel en el homenaje de que fue objeto en el Ateneo de Alicante el 21 de agosto de 1937. Cf. Vicente Ramos. Manuel Molina.* Miguel Hernández en Alicante *(Alicante: Colección Ifach, 1976) p. 41.*

[18] *Luis Buñuel.* Mi último suspiro (Memorias) *(Esplugues de Llobregat: Plaza y Janés, 1983) p. 100.*

de ser revelador que no suene tampoco para nada el nombre de Lorca. Sin embargo hay que añadir que la relación con el poeta granadino, aunque languidecía, nunca se vió totalmente interrumpida. Existen segmentos de una carta a Josefina Manresa, su novia, de principios de 1936, en que se dice: «He visto al autor de *Yerma*, mi amigo, y me ha dicho que se estrenará mi obra *[El labrador de más aire]* por encima de todo. Yo le estoy muy agradecido» [19]. Así lo confirma también el nombre de Federico a la cabeza de los que firman en *El Socialista*, el 16 de enero de 1936, la «Protesta en favor del poeta Miguel Hernández» cuando éste es detenido por el guardia civil en San Fernando del Jarama [20].

Podemos concluir, que ni en cartas ni en testimonios de coetáneos, aparecen datos que confirmen una intensa, continuada y mutua relación de amistad ni un patronazgo de carácter político por parte de Lorca. No era el granadino el tipo de artista obsesionado con la política y mucho menos el proselitista y cazador de adeptos para un partido. No creo, pues, que se pueda hablar de una «gran amistad» en el caso de Hernández y Lorca. Por singulares circunstancias de la vida ésta no llegó a madurar. No prosperó, entre otras muchas cosas, ante la marcada desigualdad de sus situaciones: el uno pobre provinciano y poeta incipiente, el otro en la cumbre del bienestar social y del prestigio intelectual. Este refinado, culto, exquisito, el otro inocente, pero rústico, voraz lector, pero poco instruído e incluso inculto.

Juan Cano Ballesta

[19] *María de Gracia Ifach. «Cartas a Josefina»*. Puerto. *Universidad de Puerto Rico, abril-junio 1968, p. 62.*

[20] *Miguel Hernández* Poesía y prosa de guerra y otras textos olvidados, *Ed. J. Cano Ballesta y R. Marrast (Madrid: Ed. Ayuso. 1977) pp. 37-39.*